

FARAÓN

BORESLAV PROUS

FARAÓN

Traducción de Roberto Mansberger



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Φαπαοη

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: septiembre de 1995

Primera reimpresión: febrero 2014

© de la traducción: Roberto Mansberger, 1995

© de la presente edición: Edhasa, 1995

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-0637-8

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 28684-2013

Impreso en España

*A mi esposa,
Octavia Trembínska de Glowacki,
dedico este trabajo como
una pequeña muestra
de afecto y devoción.*

EL AUTOR

Prólogo

Cuando en 1895 comenzó a publicarse *Faraón*, en uno de los semanarios varsovianos, el hecho constituyó una grata sorpresa para los lectores. Boleslav Prus (tal era el seudónimo bajo el cual escribía Aleksander Glowacki, 1847-1912), autor popular de folletines, estimado, aunque no por sus contemporáneos, como novelista (*La avanzadilla*, *La muñeca*, *Las emancipadas*), se había ocupado hasta entonces de temas contemporáneos polacos y se refería más bien con desagrado a la novela histórica, por lo que su repentino interés por un pasado tan lejano y exótico resultó una sorpresa. Así pues, se intentó hallar en *Faraón* una alegoría de la situación política de aquel entonces o, al menos, algunas alusiones a los problemas de su época. Se asoció por ende la figura del joven faraón y de su antagonista, Herhor, con los nombres de los jóvenes soberanos que acababan de ocupar el trono de Rusia (Nicolás II) y de Alemania (Guillermo II), con políticos experimentados de una generación más vieja (el fiscal general del sínodo, Pobiedonostsev, y el canciller Bismarck) que entraron en conflicto con los primeros.

Es posible que estos hechos hayan tenido parte en la génesis de *Faraón* pero carecería de argumentación si se interpretara alegóricamente el mismo. Con más fundamento se buscó en la imagen de Egipto presentada en la novela (por ejemplo, la exposición que hace el sacerdote Pentuer en el templo de Hathor) ciertas alusiones a las relaciones sociales polacas. El vínculo real existente entre *Faraón* y la contemporaneidad era otro, más complicado. A falta de aclaraciones del autor sobre este asunto, resulta muy difícil definirlo de forma satisfactoriamente argumentada. Se puede sólo suponer, como lo hiciera Ignacy Matuszewski, crítico contemporáneo de Prus, que en las postrimerías del siglo, el escritor, que iba envejeciendo, cansado de analizar los conflictos de su época, que «cada vez más escapaban a sus esquemas cognoscitivos e ideológicos, se adentrara por aquellos parajes semirreales y semifantásticos, donde todo se presentaba de forma hermética, acabada y típica; y con apariencia, al menos, de comprensibilidad y claridad. De un material como éste resultaba más fácil componer un todo único y sintético que hacerlo de los fenómenos que nos agobian con su proximidad y su preocupante desorden».

Muchos factores contribuyeron a que Prus se interesara por el antiguo Egipto. Los descubrimientos arqueológicos y los trabajos de los científicos, los cuales introducían cambios fundamentales en el cono-

cimiento que hasta entonces se tenía de Egipto, constituyeron una sensación científica en ese período, que fue aprovechada en el ámbito de las bellas letras antes que Prus. Se debe mencionar, sobre todo, las numerosas novelas del escritor alemán Georg Ebers, representante de la llamada «novela didáctica», quien en reiteradas ocasiones abordó en su obra la lucha de los faraones contra los sacerdotes por el poder político. El antiguo Egipto, en este caso, pudo suministrarle al escritor polaco ejemplos relativamente más convincentes y más próximos a las tesis de la sociología positivista –que Prus sustentaba–; la cual presupone que las condiciones geográficas y el nivel del conocimiento alcanzado por una sociedad son los factores más importantes que determinan su desarrollo. Aquí fue donde Prus halló por fin un modelo de sociedad-organismo sano, basada en la interacción armoniosa y natural de cada una de sus partes.

(...) la propia naturaleza, que exigía un enorme, continuo y sólido trabajo, formó el esqueleto de la organización social de aquel país: el pueblo trabajaba, el Faraón dirigía y los sacerdotes trazaban los planes. Y como estos tres factores se dirigían uniformemente hacia objetivos señalados por la naturaleza, la comunidad podía florecer y crear sus obras perdurables por siglos. (P. 21)

Esto lo afirma Prus en su introducción a *Faraón*. Sin embargo, la novela no reflejó esa armonía social; al contrario, mostró las fatales consecuencias de su violación. Si en este giro de Prus hacia el antiguo Egipto estaba enmarcado el deseo de una recompensa específica ante la difícil y enojosa observación de los conflictos contemporáneos, la presión de éstos hizo que el interés creativo del escritor se trasladara al período de la decadencia del estado egipcio, cuando se intensificaron sus antagonismos internos.

Prus escribía con gran dedicación. No obstante, mientras para las novelas contemporáneas podía aprovechar las observaciones y noticias recopiladas durante años, para *Faraón* fue necesario adquirir la erudición adecuada lo más rápidamente posible. Las condiciones del trabajo creador no le permitieron a Prus realizar estudios profundos y completos para lograr la preparación que tuvo, por ejemplo, Flaubert al escribir *Salambó*. Un viaje a Egipto se hallaba por encima de sus posibilidades materiales. Los conocimientos plasmados en *Faraón* fueron extraídos, como lo señalan las investigaciones realizadas hasta ahora, de los trabajos de Gaston Maspéro, Augusto Mariette y de la compilación *Historia del Antiguo Egipto* (1779-1880), escrita por el científico y viajero polaco Ignacy Zagiell. Prus halló en esta obra una alusión al faraón Ramsés XIII, cuya historicidad es negada rotundamente por otros historiadores. Veamos lo que escribió Zagiell:

Ramsés XIII fue el último de los gobernantes de la casa de Ramsés III y de la vigésima dinastía. Poco sabemos sobre su período de gobierno, pero sí es indudable que las riendas del estado pasaron por completo a manos de los sumos sacerdotes, los cuales dominaron al faraón y a todo el país. Los sumos sacerdotes de Amón en Tebas se autotitulaban faraones y ocuparon los más altos cargos civiles y militares. Por documentos auténticos se sabe que el sumo sacerdote Her-hor, es decir, Fri-hor, desempeñó igual papel que más tarde desempeñara Richelieu en tiempos de Luis XIII; y, además, era el sumo sacerdote y jefe de las fuerzas armadas.

A continuación Zagiell señala que Herhor se apoderó del título real. También hace referencia a la «dominación paralela» del sumo sacerdote de Amón y de los faraones de sangre real.

Como se podrá observar, la autenticidad histórica de la trama de la novela estriba en la conquista del poder por el sumo sacerdote Herhor; sin embargo, el carácter del faraón y de su rival, sin hablar ya de los personajes de segundo plano, así como todos los detalles de las acciones, son obra de la fantasía de Prus. La lucha de Ramsés XIII contra la oligarquía sacerdotal y sus tendencias monoteístas tienen su origen histórico en la personalidad del faraón Amenhotep IV (reinó un par de siglos antes, en el xv o xiv a.d.C.), quien, con el apoyo de funcionarios fieles y de una parte de la clase sacerdotal, quebrantó a los poderosos sacerdotes tebanos de Amón, los apartó del poder y reformó la religión para imponer el culto a una sola divinidad: al dios Sol.

Con una gran libertad en el tratamiento de la historia, Prus trató de reproducir a un tiempo, lo más fiel y plenamente posible, las relaciones sociales, la cultura material y espiritual, los ritos y la vida diaria de los antiguos egipcios. ¿Logró el escritor su objetivo? Los egiptólogos contemporáneos han hallado en la novela muchos anacronismos y errores históricos. Seguramente parte de la responsabilidad recae sobre las obras científicas en las que Prus se basó. No obstante, la situación del conocimiento de la historia de aquel entonces no justifica tales errores, como la mención de la dracma y del talento en el sistema monetario egipcio, o del platino, que sólo fue utilizado a partir del siglo XVIII. Menos aún se justifica la inclusión en la novela de una representación parlamentaria de todo el pueblo egipcio (que decidirá el destino de los tesoros del laberinto) o la exageración fantástica de la sabiduría de los sacerdotes egipcios, o los evidentes anacronismos en la presentación del mundo griego: Prus les atribuyó, despreocupadamente, a los griegos de la época heroica, rasgos que probablemente no fueron posibles hasta el período helénico.

No es, sin embargo, la fidelidad de los detalles histórico-culturales la que determina el rango artístico que posee la novela. ¿Qué nos aporta el

hecho de que la novela contenga descripciones numerosas y exactas de los templos y palacios egipcios, cuando éstas son casi siempre informaciones frías que no se diferencian en nada de ciertos fragmentos didácticos? También son abstractas las descripciones de los paisajes, salvo algunas (por ejemplo, la descripción del ambiente que rodea la ofensiva contra los libios), que parecen más bien descripciones de un mapa plástico o de la ilustración esquemática presentada en un manual. Igual sucede con la descripción de los ritos y costumbres egipcios, que se diferencian poco de las «estampas históricas» que se pueden hallar en diversos trabajos divulgativos.

Prus obtuvo resultados mucho más satisfactorios en la caracterización ideológica de sus personajes. La reproducción del pensamiento y de los sentimientos de hace treinta siglos era una empresa extraordinariamente difícil. El gran convencionalismo de la literatura del antiguo Egipto reducía la utilidad de la misma como fuente para este objetivo. El escritor fue cauto: todos los personajes, a excepción de Ramsés XIII, son mostrados sólo desde el exterior, a través de su comportamiento y de sus expresiones. En la actitud de los personajes se nota la cualidad de sus afectos y su muy evidente fuerza: amor, odio, ambición, ira, deseo... De esta forma, Prus evoca cierto primitivismo y, al mismo tiempo, la impetuosidad oriental de sus personajes. El escritor dota los diálogos de colorido histórico, mediante la abundancia de metáforas, exclamaciones y otros giros pintorescos que concuerdan estilísticamente con las reliquias de la escritura del antiguo Egipto que se han conservado, cuyos fragmentos auténticos armonizan plenamente con el texto de la novela en el cual fueron intercalados.

A pesar de la saturación de realidades egipcias, la obra de Prus nos ofrece una generalización de alcance mucho más amplio. «La formación de la sociedad asiática», como la llamara Marx, que existió en Egipto y que unía en sí rasgos del régimen esclavista, feudal y el control estatal de los medios de producción, dieron forma a esa realidad, que sirvió como modelo a los grandes mecanismos que se repitieron en distintas épocas. El carácter universal de esta novela está condicionado, entre otras cosas, por su aspecto estilístico; a veces en una oración las frases arcaicas se mezclan con un ostentoso vocabulario.

En las páginas del libro —empezando por la escena inicial, la del campesino suicida— se habla reiteradas veces del infortunio y de la opresión de los campesinos, de los obreros y de los esclavos hambrientos, maltratados y oprimidos, y que en definitiva eran los que con su trabajo creaban la base material del desarrollo de la cultura egipcia. La historiografía del siglo XIX no registra movimientos revolucionarios de las masas populares en el antiguo Egipto. Los científicos de esa época hablaban mucho de la explotación del pueblo pero, por lo general, nada señalaban sobre su resistencia. En *Faraón* se esbozan las constantes rebeliones de esclavos y campesinos que estremecieron la nación de los faraones. Posible-

mente no carecería de fundamento la afirmación de que fue la contemporaneidad, desgarrada por los agudos conflictos clasistas, la que introdujo esta corrección básica en la imagen de la sociedad egipcia, corrección que sería confirmada más tarde por las investigaciones científicas.

La acción de *Faraón* se centra alrededor de la lucha por el control del Estado y esta problemática primordial fue enfocada por el autor con la gran madurez adquirida a sus años. El primer contacto del joven faraón con el sistema de gobierno le produce sorpresas que se contradicen. Porque por una parte resulta que en el Estado no existen puertas estrechas llamadas leyes, en cuyo umbral cada uno tiene que doblar la cabeza, sea quien fuere: el labrador o el heredero del trono. En este edificio hay diversas entradas y salidas: estrechas para los pequeños y débiles, y muy amplias e incluso cómodas para los fuertes. (P. 102)

Al mismo tiempo Ramsés se convence: «por primera vez sintió que sobre su voluntad existía una fuerza infinitamente mayor: el interés del país, que incluso era tomado en cuenta por el omnipotente faraón y ante el cual debía doblegarse él, ¡el heredero!» (P. 99)

Así pues, un Estado absolutista no es siempre, ni solamente, un instrumento que obedece a la voluntad del soberano: «Sí, el Estado es el Faraón y... sus servidores más fieles» (P. 102); un aparato del poder ejercido por la clase gobernante para su interés propio, como lo expresara el escriba a Ramsés. El Estado es también una institución que posee su propia lógica de acción, encaminada a la homeostasis, la cual se opone a la voluntad del individuo y obliga a la clase gobernante a autolimitaciones que frenan su egoísmo.

Como ya se ha señalado, el escritor situó la acción de la novela en el siglo XI a.d.C., en el período en que la aristocracia sacerdotal había tomado de forma casi indivisible en sus manos todo el poder. Obediente y disciplinada, la casta sacerdotal ocupaba los puestos más altos de la administración estatal, que acumulaba enormes riquezas; gracias a la autoridad de la religión, apoyada en charlatanes y «prodigios», el clero, que monopolizaba y hábilmente aprovechaba para sus fines los avances de la ciencia y de la técnica, ejercía un influjo predominante sobre toda la sociedad; disponía de un sistema de espionaje, traición y provocación, que lo abarcaba todo; en el momento culminante, entre los colaboradores más allegados de Ramsés se encontraban los agentes de Herhor. Prus, al introducir elementos de la novela sensacionalista, logró de manera estupenda darle una visión al lector de la fuerza y buena organización de la clase sacerdotal. Los sacerdotes ejercían el poder con la finalidad de obtener beneficios propios; mas por razones lógicas también debían preservar los intereses básicos de toda la clase dominante. En el discurso que pronunció Mefres, durante los funerales de Ramsés XII, se exponía con toda claridad el carácter de la ideología y la política de la casta gobernante:

Desde hace un tiempo, cuan largo y ancho es Egipto, y gracias a los misterios rebeldes, oímos el grito: «¡Dadnos descanso cada seis días!... ¡No nos golpeéis sin juzgarnos!... ¡Regaladnos un surco de tierra para que sea de nuestra propiedad!...».

Éste es el anuncio de la ruina de nuestro país, contra la cual hay que hallar un remedio. Porque la salvación está sólo en la religión, que nos enseña que al pueblo le corresponde trabajar; los sabios sacerdotes, por ser los conocedores de la voluntad de los dioses, deben indicarles el camino, y el Faraón y sus dignatarios deben estar al tanto de que este trabajo sea realizado cabalmente.

La hipocresía de estas palabras resulta evidente en su totalidad para el lector: la novela, de forma lógica, muestra que los «sabios varones» y los «dignatarios del faraón» explotan y saquean a las masas populares. Pero las palabras de Mefres son –¡qué ironía!– la repetición fiel de los conceptos del propio autor, los cuales aparecen en la introducción: «el pueblo trabajaba, el Faraón dirigía y los sacerdotes trazaban los planes. Y como estos tres factores se dirigían uniformemente hacia los objetivos señalados por la naturaleza, la comunidad podía florecer y crear sus obras perdurables por siglos» (P. 21). Así pues, la novela rebate por completo la imagen idealizada del antiguo Egipto que le había sido sugerida a Prus por la sociología positivista.

Con la aristocracia sacerdotal estaba en la más estrecha relación la alta aristocracia de los funcionarios (los nomarcas); sin embargo, entre la nobleza, los funcionarios y los sacerdotes de más baja categoría nació una oposición comprensible contra la omnipotencia de la oligarquía sacerdotal. En la exploración del pueblo competían con la casta sacerdotal y la aristocracia de los funcionarios, los mercaderes y los usureros fenicios. El motivo de los conflictos sacerdotales con los fenicios era, según la novela, la actitud de cada una de las partes en cuanto a la posible guerra con Asiria, supuestamente desventajosa para Egipto, pero muy deseada por los fenicios. Independientemente de ello, el clero egipcio culpaba a los mercaderes fenicios de todo el mal existente en el país y, en particular, de la miseria de los campesinos. De esta manera, los sacerdotes, mientras dirigían la aversión hacia el Faraón y el descontento del pueblo hacia los fenicios, procuraban debilitar a sus contrincantes y, al mismo tiempo, desviar la atención de su propia participación en la opresión del pueblo.

Prus utilizó tonos muy oscuros para reflejar la perniciosa influencia de los fenicios en la vida de Egipto. No obstante, señaló al mismo tiempo, con disimulada ironía, que los explotadores sacerdotes no tenían derecho a acusar a los explotadores fenicios. Mientras Pentuer muestra a través de cuadros vivos la vida de los funcionarios y la miseria del pueblo, los sacerdotes murmuran entre sí con animadversión y no se animan hasta que se comienza a acusar también a los fenicios...

La finalidad política de los fenicios era evitar un tratado de paz entre Egipto y Asiria, pues el primero le entregaría Fenicia a la segunda. En contra de la política antiguerrera de los sacerdotes, los fenicios fraguaron un complot. A través de Hiram trataron de modelar las ideas de Ramsés e influir sobre él con la ayuda de Kama, una sacerdotisa fenicia. Los fenicios desarrollaron también una campaña de agitación antiasiria entre el pueblo; organizaron un provocador asalto contra el embajador asirio y ayudaron al joven faraón con informaciones recopiladas por los espías fenicios y grandes recursos materiales. El papel del dinero, como palanca del mecanismo político, es expuesto por el novelista con fuerza, indudablemente influido por su observación de las relaciones contemporáneas. El soborno, la astucia, el espionaje y el asesinato: he aquí el arsenal de los métodos de los fenicios; menos variado, pero no menos eficiente que el de los sacerdotes. Es comprensible que los fenicios apoyaran al joven monarca en su lucha contra el clero; porque también la guerra contra Asiria era motivo de divergencia. La desea Ramsés, porque la futura victoria fortalecería su autoridad, los millones de esclavos devolverían las tierras que habían sido tragadas por el desierto y los tesoros conquistados aumentarían la riqueza del Estado. Mas los sacerdotes trataban de evitar la guerra a cualquier precio. ¿Por qué? La novela subraya ante todo que esta posición se la sugirió al clero, en nombre del colegio supremo, el sacerdote caldeo Beroes, quien la fundamentó en los oráculos astrológicos desfavorables. Pero ¿no habían sido por casualidad estos mismos oráculos confeccionados en interés de Asiria? La novela no da respuesta a este interrogante.

El fenicio Hiram afirma que Beroes está «apoyado por el rey Assar». (P. 265) El narrador revela, al mismo tiempo, motivos, muy terrenales por los que los sacerdotes estuvieron de acuerdo, tan apresuradamente, con las recomendaciones de Beroes:

Si el Faraón declarara la guerra a Asiria y la ganara, tendría: un enorme ejército, fiel a su persona; cien mil talentos de Nínive y de Babilonia. Finalmente, unos cien mil talentos anuales de los países vencidos. Una riqueza tan enorme permitiría pagar a los sacerdotes por las propiedades que tienen en arriendo y poner fin definitivamente a su intromisión en el poder. (P. 267)

En conclusión, la fuente de los conflictos entre el Faraón y los sacerdotes no era el desacuerdo en cuanto al programa social (Herhor, a diferencia de Mefres, no tenía nada en contra de las concesiones al pueblo), ni tampoco la contradicción en cuanto a los métodos de actuación (aunque no cabe duda de que hay un contraste entre el sobrio y cauteloso Herhor y el impetuoso y casi radical Ramsés), sino la lucha por el poder. Ramsés XIII quiere apartar a los sumos sacerdotes del gobierno, desea fortalecer el sistema monárquico absoluto con la ayu-

da del ejército, la nobleza, una parte de la burocracia laica y el clero que no ocupa posiciones altas. Como ya sabemos, el argumento de la novela tiene gran proximidad con los hechos acaecidos durante el reinado de Amenhotep IV.

Pero Ramsés XIII aparece en la novela no sólo como un autócrata ambicioso, sino también como un defensor de la causa del pueblo oprimido. Las ideas de Pentuer influyen en él en este sentido; el sacerdote le crea esa leyenda con este fin. A través de Herhor, Prus expresa, no obstante que esto no fue más que una leyenda. Sin lugar a dudas, Ramsés es presentado como un hombre magnánimo, que de forma espontánea se compadece de los males de los pobres: se apiada del infeliz suicida, excarcela a los campesinos inocentes y no permite que se oprima a los labriegos de las fincas arrendadas. Pero esta compasión se halla acompañada de un acentuado sentimiento de indiferencia y superioridad en sus relaciones con el pueblo; cuando los rumores que circulaban entre los campesinos acerca de las posibles reformas le acarrearán problemas políticos, el joven heredero del trono sintió ira y desprecio:

«Y éstas son las criaturas –pensaba el príncipe mirando el trabajo de los labradores–, que quieren hacer de mí el ejecutor de sus ilusiones...»

La ira se le subía a la cabeza y la humillación lo aplastaba de sólo pensar que él, el heredero del trono, no había sido nombrado regente por culpa de las fábulas de semejantes seres, ¡que se pasaban toda su vida balanceándose al lado de sus dadas con agua turbia! (P. 122)

La ira y el desprecio se apoderan del príncipe cuando ve que la multitud manifiesta su entusiasmo tan sólo por medio de una orden.

Entonces pudo, mejor que en cualquier otro instante, medir la distancia que existía entre él y los rústicos. Y comprendió que la aristocracia era la clase a la que lo unía la comunidad de sentimientos. Si de repente desaparecieran estos elegantes jóvenes y las bellas mujeres, cuyas ardientes miradas observaban detalladamente cada uno de sus movimientos para estar enseguida prestas a servirlo y cumplir sus órdenes; si ellos desaparecieran, el príncipe se sentiría entre las incontables personas de la población más solitario que en el desierto. (P. 184)

Las reformas que Ramsés XIII se proponía introducir –descanso cada siete días de trabajo y un pedazo de tierra propio para cada campesino–, tenían, en parte, un carácter humanitario. Aunque estas reformas serían sobre todo a los intereses de la clase dominante: debían aumentar el rendimiento del trabajo del campesino y descargar la tensión revolucionaria. La comparación que hacía Ramsés de sus reformas con la atención que le ofrecía un propietario a su ganado, no era casual:

Un buen hacendado no permite que su ganado se muera de hambre, trabaje por encima de sus fuerzas o reciba castigos inmerecidos... (P. 426)

El buey hambriento se acuesta sobre la tierra, el caballo hambriento se tambalea sobre sus patas y expira... ¿Se le puede, por lo tanto, exigir a un ser humano hambriento que trabaje y no demuestre que lo está pasando mal? (P. 489)

Así pues, cuando el Faraón lucha contra la casta sacerdotal por el poder, no lo hace en nombre del pueblo. Si estimula su participación, aprovecha su fuerza revolucionaria para derrotar a sus adversarios, pero, de antemano, comunica a los que lo rodean y se inquietan ante el auge de la ola de motines populares:

No le temo a la crecida (...) Mis tropas serán su dique... (P. 628)

No te preocupes y diles a los nobles que no sólo no perderán nada si cumplen mis órdenes, sino que, además, crecerán en bienes e importancia. Las riquezas de Egipto por fin tienen que arrancarse de las manos de los indignos para ser entregadas a servidores fieles. (P. 536)

Prus no ilusiona al lector ante la realidad: Ramsés XIII no se convierte en el líder de las masas oprimidas, no desea hacer ningún cambio esencial del sistema; únicamente pretende independizarse de la oligarquía sacerdotal, apartarla del gobierno y hallar apoyo en una base social más amplia: la nobleza, los funcionarios y los sacerdotes de menor jerarquía. El pueblo sería utilizado principalmente como instrumento para un cambio radical dentro de la clase dominante.

El eclipse de sol, que aprovechan los adversarios, echa por tierra sus planes: cunde el pánico, el pueblo abandona al Faraón y lo lleva al borde de la derrota. «El omnipotente dominio de la casualidad», que se impone, lo conduce a la muerte. Pero la casualidad no puede borrar la necesidad histórica. El pueblo olvida rápidamente a Ramsés, pero su programa social se impone: el nuevo faraón, a fin de garantizar el buen funcionamiento del estado, tiene que tomar en consideración las necesidades y demandas de la sociedad.

La grandeza literaria que encierra *Faraón* sobresale por encima de la reproducción más o menos fiel de la civilización egipcia, de la acertada intuición en la presentación psicológica de los personajes y de la precisa y compacta composición argumental, que mantiene al lector en una constante tensión. La grandeza de la obra es sobre todo intelectual y estriba en el extraordinario y perspicaz, para su tiempo, enfoque de la historia, y en la acción de la novela. Los protagonistas de la obra –Ramsés,

Herhor, Mefres y Pentuer— son presentados como *homines politici* y a través de sus actividades políticas se ponen de relieve los rasgos individuales del carácter de cada uno. Prus se impuso estas tareas con toda conciencia y las realizó consecuentemente.

La extraordinaria disimilitud de *Faraón* en relación con toda la literatura europea merece ser subrayada de manera especial. La novela contemporánea del siglo XIX se concentraba, por lo general, en la vida privada de los personajes y mostraba tan sólo indirectamente o en un segundo plano la verdadera realidad social que conforma el destino del hombre.

En la novela histórica del tipo de las de Walter Scott, que entonces estaba muy de moda, el argumento se basaba en un lance de amor o en una aventura y la historia servía de fondo, sobre todo en las escenas de batallas o costumbristas. En *Faraón*, en cambio, el tema es la lucha por el poder enfocada únicamente como un choque de ambiciones de los individuos y un concurso de intrigas políticas; Prus la situó en un escenario social amplio, la presentó como resultado de la lucha de clases. En la dialéctica de la revolución y la reforma, a través de la casualidad de los acontecimientos y los caracteres, plasmó el cumplimiento de las leyes del desarrollo histórico. Todo esto argumenta el carácter innovador de la obra de Prus —en el contexto de su tiempo—, le garantiza una gran popularidad entre los lectores polacos y nos permite creer que también la tendrá entre los lectores a quienes está dirigida la presente edición.

HENRYK MARKIEWICZ

Introducción

En el rincón noreste de África se encuentra Egipto, cuna de la más antigua civilización del mundo. Hace tres, cuatro e incluso cinco mil años, cuando en la Europa Central los bárbaros se cubrían con pieles sin curtir y se refugiaban en cuevas, ya Egipto poseía una avanzada organización social, agricultura, artesanía y literatura. Pero, sobre todo, realizaba magnas obras de ingeniería y elevaba colosales edificaciones cuyos restos despiertan la admiración de los técnicos contemporáneos.

Egipto es una fértil quebrada entre el desierto libio y el desierto arábigo. Su profundidad alcanza unos cuantos cientos de metros, su longitud doscientos diez kilómetros y su anchura media apenas llega a un kilómetro y medio. Desde el oeste, las dóciles, pero desnudas elevaciones libias; desde el este, las abruptas y cuarteadas rocas árabes componen las paredes de ese pasillo en cuyo fondo fluye un río: el Nilo.

Siguiendo la corriente del río, hacia el norte, las paredes de la quebrada descienden y a una distancia de cuarenta kilómetros del mar Mediterráneo divergen bruscamente y el Nilo, en vez de fluir dentro del angosto pasillo, se expande en varias ramificaciones sobre un extenso llano de forma triangular. Este triángulo, llamado Delta del Nilo, tiene como base la costa del mar Mediterráneo y en su vértice, donde el río sale de la quebrada, se encuentra la ciudad de El Cairo, así como también las ruinas de la secular capital: Menfis.

Si alguien pudiera elevarse unos treinta kilómetros y contemplar desde allí Egipto, vería la extraña forma del país y los singulares cambios de su colorido. Desde esa altura, sobre el fondo de las blancas y anaranjadas arenas, Egipto semejaría una serpiente que con enérgicas ondulaciones se desplazase a través del desierto en dirección al mar Mediterráneo para sumergir en él su cabeza triangular, ornamentada por los dos ojos: el izquierdo Alejandría, el derecho Damietta.

En el mes de octubre, cuando el Nilo sumerge a todo Egipto, esta larga serpiente tendría el color azul celeste de sus aguas. En el mes de febrero, cuando la vegetación primaveral ocupa el lugar de las aguas que han retrocedido, sería verde con una franja de color azul pálido a lo largo de todo su cuerpo y un sinnúmero de venitas azuladas en su cabeza, debido a los canales que cruzan el Delta. En marzo, la franja azul se estrecharía y el color del cuerpo de la serpiente, como resultado de la madu-

ración de los cereales, adquiriría un color dorado. Finalmente, en los comienzos de junio, la banda del Nilo sería muy fina y el cuerpo de la serpiente se tornaría de color grisáceo, como si estuviese cubierto por un cendal, debido a la sequía y al polvo.

La propiedad básica del clima egipcio es el calor: en enero la temperatura llega a ser de unos 10°C sobre cero y en agosto alcanza los 27°C; a veces incluso llega a los 47°C, lo que en nuestra tierra corresponde a la temperatura de un baño romano. Además, en la vecindad del mar Mediterráneo, donde está el Delta, apenas si llueve unas diez veces al año y en el Alto Egipto... una vez cada diez años.

Sometido a tales condiciones y sin las aguas del sagrado Nilo que cada año lo resucita, Egipto –en vez de cuna de la civilización– sería una hondonada desértica, semejante a muchas de las que abundan en el Sahara. Desde finales de junio a finales de septiembre, el Nilo aumenta sus aguas e inunda Egipto casi por completo; desde finales de octubre hasta finales de mayo del siguiente año descienden sus aguas y gradualmente descubren cada vez más tierra apta para el cultivo. Las aguas del río están tan saturadas de partículas minerales y orgánicas que su color adquiere un tono parduzco y, por lo tanto, a medida que las aguas bajan, se va depositando en las tierras inundadas el fecundo limo que sustituye a los mejores fertilizantes. ¡Ese limo y ese clima caliente permiten que un egipcio aislado entre desiertos pueda lograr hasta tres cosechas en un solo año, y alrededor de trescientos granos por uno solo sembrado!

Pero Egipto no es una llanura uniforme, sino un país ondulado; algunas de sus tierras solamente beben las benditas aguas durante dos o tres meses y otras no las ven durante todo el año, ya que las crecidas no alcanzan a algunas zonas. Independientemente de esto, a veces hay años en que el caudal es pobre y entonces una parte de Egipto no recibe el fructífero limo. En fin, como resultado de los calores, la tierra se seca muy rápidamente y hay que regarla como la de las macetas.

Todas estas circunstancias determinaban que el pueblo que viviera en el valle del Nilo debía perecer si era débil o controlar las aguas si poseía el ingenio para ello. Los antiguos egipcios tenían ese ingenio y, por lo tanto, crearon una civilización.

Hace ya seis mil años que se percataron de que el Nilo crece cuando el sol aparece por debajo de la estrella Sirio y comienza a disminuir cuando el sol se acerca a la constelación de Libra. Estos fenómenos los condujeron a las observaciones astronómicas y a la medición del tiempo.

Para disponer de agua durante todo el año excavaron una larguísima red de canales de unos cuantos miles de kilómetros. Por otra parte, para protegerse contra las crecidas demasiado grandes erigieron sober-

bias presas y excavaron depósitos, como el lago artificial Moeris, de trescientos kilómetros cuadrados de superficie y con una profundidad de unos doce pisos. Finalmente, a lo largo del Nilo y los canales construyeron muchísimos y sencillos, pero eficaces, ingenios hidráulicos con cuya ayuda se podía recoger agua y verterla sobre campos situados a un nivel más alto, es decir, de uno o dos pisos de altura. Y como complemento de todo ello cada año era necesario extraer el limo de los canales, mejorar las presas y construir vías situadas en zonas altas para que las tropas pudieran desplazarse cuando fuera necesario.

Estos enormes trabajos exigían, además de conocimientos sobre astronomía, agrimensura, mecánica y construcción, una formidable organización. Aunque se tratase del reforzamiento de un dique o de la limpieza de los canales había que hacer las obras y en un plazo de tiempo determinado, por grande que fuera la extensión de la superficie. De aquí surgió la necesidad de formar una especie de ejército de obreros que contase con decenas de miles de cabezas y actuara con un propósito definido y bajo un mando único. Este ejército debía integrarse por una gran cantidad de pequeños y grandes jefes, un enorme número de brigadas que realizaran trabajos muy diversos y que estuvieran dirigidos a la obtención de un resultado homogéneo; tal ejército necesitaba muchas vituallas, medios y fuerzas auxiliares.

Egipto alcanzó a formar tal ejército de trabajadores y a él le debe sus memorables obras.

Todo da a entender que los planes y objetivos de este ejército fueron elaborados por los sacerdotes, es decir, por los sabios, ya que su formación fue ordenada por los reyes, o sea, por los faraones. Como consecuencia de esto, el pueblo egipcio, en los tiempos de su grandeza, formaba algo semejante a una sola persona en la cual el estamento sacerdotal desempeñaba el papel del pensamiento, el Faraón, la voluntad y el pueblo —el cuerpo y la obediencia—, el cemento.

Con este sistema, la propia naturaleza, que exigía un enorme, continuo y sólido trabajo, formó el esqueleto de la organización social de ese país: el pueblo trabajaba, el Faraón dirigía y los sacerdotes trazaban los planes. Y como estos tres factores se dirigían uniformemente hacia los objetivos señalados por la naturaleza, la comunidad podía florecer y crear sus obras perdurables por siglos.

El apacible, alegre y ciertamente no belicoso pueblo egipcio se dividía en dos clases: los agricultores y los artesanos. Entre los agricultores debía de haber algún que otro propietario de pequeñas áreas de tierra cultivable, pero por lo general eran arrendatarios de tierras que pertenecían al Faraón, a los sacerdotes y a la aristocracia. Los artesanos, productores de vestidos, de muebles, vasijas y herramientas, eran indepen-

dientes; los que trabajaban en grandes construcciones formaban una especie de ejército del trabajo.

Cada una de esas especialidades, principalmente la de la construcción, exigía fuerzas de tracción y máquinas: alguien tenía que recoger agua de los canales por espacio de días enteros o trasladar piedras desde las canteras hasta los sitios donde fueran necesarias. Los trabajos más duros de índole mecánica y, sobre todo, los trabajos en las canteras, eran realizados por delincuentes condenados por la justicia o prisioneros de guerra que habían sido esclavizados.

Los nativos de Egipto tenían la piel de color cobrizo, de lo que se vanagloriaban y al mismo tiempo despreciaban a los negros etíopes, a los amarillos semitas y a los blancos europeos. Era el color de su piel lo que les permitía diferenciar a los suyos de los foráneos y contribuía a mantener la unidad nacional más eficazmente que la propia religión, que se puede adoptar, o el idioma, que se puede aprender.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, cuando la estructura del estado comenzó a resquebrajarse, llegaron al país cada vez más extranjeros. Éstos debilitaron la cohesión, explotaron a los nativos y, por último, inundaron y disolvieron en su seno a los habitantes autóctonos del país.

Faraón gobernaba el país con ayuda de un ejército permanente y de la milicia o policía, así como también con la ayuda de una gran cantidad de funcionarios, de entre los cuales se fue creando paulatinamente una aristocracia nativa. Por derecho propio, el Faraón era legislador, jefe supremo, el más rico propietario, juez de máxima investidura, sacerdote e incluso hijo de dios y hasta dios mismo. Los tributos como divinidad no sólo los recibía del pueblo y de los funcionarios, también a veces él mismo se erigía altares y quemaba incienso delante de sus propias imágenes.

Junto a los faraones, e incluso muy frecuentemente por encima de ellos, se encontraban los sacerdotes: la casta de los sabios que dirigía los destinos del país.

Hoy día casi no es posible imaginarse el extraordinario papel que el poder sacerdotal tenía en Egipto. Los sacerdotes eran los maestros de las generaciones jóvenes; adivinos y, por lo tanto, consejeros de las personas adultas; actuaban como jueces de los muertos, a los que su voluntad y sabiduría garantizaban la eternidad. No sólo practicaban sus elaborados ritos religiosos con los dioses y los faraones, sino que además curaban a los enfermos como médicos; influían en el desarrollo de las obras públicas como ingenieros y también en política como astrólogos y, ante todo, eran grandes conocedores de su país y de sus vecinos.

Un aspecto fundamental de la historia de Egipto está vinculado con las relaciones existentes entre el poder sacerdotal y los propios faraones.

Por lo general, el Faraón se doblegaba a los sacerdotes, donaba a los dioses ofrendas generosas y construía templos. Entonces vivía largo tiempo y su nombre e imágenes, talladas sobre los monumentos, pasaban de generación en generación, cubiertos de gloria. No obstante, muchos faraones gobernaron poco tiempo y no sólo ha desaparecido el recuerdo de las hazañas de algunos de ellos, sino hasta sus nombres. Varias veces al caer una dinastía había quedado en poder de algún sacerdote el *klaft*, es decir, el tocado de los faraones.

Egipto se desarrolló mientras un pueblo monolítico, unos reyes enérgicos y unos sacerdotes sabios cooperaron entre sí para lograr la prosperidad común. Pero llegó una época en que el pueblo disminuyó en número a causa de las guerras, perdió sus fuerzas por la opresión y la tiranía, y la afluencia de masas foráneas socavó la unidad racial. Y cuando en el exceso de la suntuosidad asiática naufragó también la energía de los faraones y la sabiduría de los sacerdotes y ambos se enzarzaron en una guerra por el monopolio del saqueo del pueblo, Egipto cayó entonces bajo la dominación extranjera y la luz de la civilización que ardió cerca del Nilo a lo largo de unos cuantos miles de años se apagó.

La trama de *Faraón* se desarrolla en el siglo XI antes de nuestra era, cuando cayó la vigésima dinastía con el derrocamiento del hijo del Sol, el inmortal Ramsés XIII, y se apoderó después del trono y adornó su frente con el ureus* el inmortal San-amen-Herhor, hijo del Sol, sumo sacerdote de Amón...

* Simboliza la divinidad y la realeza, considerada como un don de los dioses. Expresa, quizás, el poder sobre la muerte que poseía el faraón. (*N. del E.*)

Capítulo uno

En el trigésimo tercer año del feliz gobierno de Ramsés XII, Egipto celebraba dos acontecimientos que llenaban de orgullo y alegría a sus habitantes.

En el mes de Mechir, o sea en diciembre, regresó a Tebas, cubierto de valiosas ofrendas, el ídolo de Jonia, que recorriera durante tres años y nueve meses las tierras de Bujten. Allí curó a la hija del rey Bent-res y ahuyentó al espíritu maléfico, no sólo de la familia real, sino también del fuerte de Bujten.

Por otra parte, en el mes de Fermuti, o sea en febrero, el señor del Alto y Bajo Egipto, de Fenicia y de las nueve naciones, Mer-amen-Ramsés XII, después de consultar a los dioses, a los que era semejante, designó como su erpatr, o sea sucesor del trono, a su hijo de veinte años, Cham-ser-merer-amen-Ramsés.

Tal elección alegró enormemente a los devotos sacerdotes, a la enaltecida aristocracia, al valiente ejército, al pueblo fiel y a toda cosa viviente dentro de la tierra egipcia. Mediante hechizos inimaginables los espíritus malignos se ensañaban con los hijos mayores del Faraón, nacidos de una princesa hitita. Uno de los hijos, de veintisiete años de edad, no podía caminar desde su pubertad; otro se cortó las venas y murió y el tercero, debido a la ingestión de un vino envenenado, enloqueció; el muchacho se imaginaba que era un mono y se pasaba días enteros en los árboles.

Sólo el cuarto hijo, Ramsés, nacido de la reina Nikotris, hija del sumo sacerdote Amenhotep, era fuerte como el toro Apis, valiente como un león y sabio como los sacerdotes. Desde su infancia se rodeaba de guerreros y, siendo todavía un simple príncipe, solía decir:

—Si los dioses me hubiesen creado Faraón, y no hijo menor del Rey, conquistaría, como Ramsés el Grande, nueve naciones acerca de las cuales nunca se hubiera oído hablar antes en Egipto, construiría un templo mayor que toda Tebas y elevaría para mí una pirámide tal, que la tumba de Keops se vería al lado de ella como un rosal junto a una palmera adulta.

Al recibir el codiciado título de erpatr, el joven príncipe le pidió al padre que lo designara jefe del ejército de Menfis. Su santidad Ramsés XII,

después de consultar a los dioses, a los que era semejante, respondió que accedería a su petición, siempre y cuando el sucesor del trono mostrara que era capaz de dirigir una gran masa de ejércitos en combate.

Con este fin quedó reunido el Consejo, bajo la presidencia del ministro de la guerra San-amen-Herhor, sumo sacerdote del templo más grande: el templo de Amón en Tebas.

El Consejo decidió:

«A mediados del mes de Misorí (inicios del mes de junio), el sucesor del trono agrupará diez regimientos situados a lo largo de la línea que une la ciudad de Menfis con la ciudad de Pi-Uto, que se encuentra en la bahía de Seben.

»Con este ejército de diez mil hombres preparado para la batalla con todo su avituallamiento y máquinas de guerra, el sucesor del trono se dirigirá hacia el este, hacia el camino que va desde Menfis al Jetem, en la frontera entre la tierra Gosen y el desierto egipcio.

»Al mismo tiempo, el general Nitager, jefe principal de ejército, el cual custodia las puertas de Egipto contra las invasiones asiáticas, deberá partir desde los Lagos Amargos para enfrentarse al heredero del trono.

»Ambos ejércitos, el asiático y el occidental, se enfrentarán en los alrededores de la ciudad de Pi-Bailos, pero en el desierto, para que los laboriosos agricultores de la tierra de Gosen no sufran interrupciones en su labor.

»El sucesor del trono vencerá, si no se deja sorprender por Nitager, es decir, si logra agrupar todos los regimientos colocándolos en posición de combate para esperar el encuentro con el enemigo.

»En el campamento del príncipe Ramsés estará presente su dignidad Herhor, ministro de la guerra, quien presentará después un informe al Faraón sobre el transcurso de los acontecimientos.»

La frontera entre la tierra de Gosen y el desierto estaba definida por dos vías de comunicación. Una de ellas era un canal de transporte desde Menfis al lago Timsah y la otra, una calzada. El canal se encontraba todavía en la tierra de Gosen; la calzada en el desierto, al que ambas vías rodeaban formando un semicírculo. Desde la calzada se divisaba el canal en casi toda su extensión.

Independientemente de las fronteras artificiales, los pueblos vecinos se diferenciaban en todos los aspectos. La tierra de Gosen, a pesar de sus ondulaciones, semejava un llano; el desierto estaba formado por elevaciones calizas y valles arenosos. La tierra de Gosen parecía un enorme tablero de ajedrez, cuyas campiñas, verdes y amarillas, se hallaban separadas entre sí por el color de los cereales y las palmeras que crecían en sus lindes, mientras que sobre la rojiza arena del desierto y sus blancas elevaciones, la aparición de un manchón de verdor o

un montón de árboles y arbustos daba la impresión de ser un viajero extraviado.

En cada elevación de la fértil tierra de Gosen brotaba un oscuro bosque de acacias, higueras y tamarindos –que se parecían de lejos a nuestros tilos–, entre los cuales se ocultaban algunos palacetes con hileras de fornidas columnas o amarillas chozas de campesinos, construidas con barro cocido. De vez en cuando en la cercanía de los bosquecillos blanqueaba un pueblecito con sus casas de techos planos o se erguían pesadamente, por encima de los árboles, las piramidales puertas de los templos –como si fuesen dos rocas– cubiertas de extraños símbolos.

En el desierto, detrás de la primera hilera de elevaciones ligeramente verdosas, se veían las desnudas colinas, cubiertas con montones de grandes bloques de piedras. Parecía como si la región occidental, saturada por exceso de vida, ofreciera sus flores y su verdor a la otra orilla del canal con generosidad digna de reyes, pero que sin embargo el desierto, eternamente hambriento, los devorara en el transcurso de un año hasta convertirlos en cenizas.

Una pequeña cantidad de vegetación desterrada hacia las rocas y las arenas se aferraba a los lugares de más bajo nivel, hasta donde se podía hacer llegar el agua desde el canal por medio de zanjas cavadas en el terraplén de la carretera. Así pues entre las peladas elevaciones de las cercanías de la carretera bebían el rocío celeste los oasis ocultos, donde crecían la cebada, el trigo, la vid, las palmas y los tamarindos.

En tales lugares vivían también personas –formando familias aisladas– que encontrándose en el mercado de la ciudad de Pi-Bailos podían sin embargo ignorar que eran vecinos en el desierto.

El día dieciséis del mes de Misori la concentración de las tropas estaba casi concluida. Con el objetivo de vencer al ejército de Nitager ya se hallaban reunidos en las cercanías de la ciudad de Pi-Bailos diez regimientos del sucesor del trono, con todos sus pertrechos y parte de sus máquinas de guerra.

El movimiento de los mismos era dirigido por el propio Ramsés. Éste organizó dos líneas de reconocimiento; la más alejada tenía la misión de observar a los enemigos y la más cercana la de cuidar a su propia tropa contra una ofensiva que era posible en la zona, llena de elevaciones y desfiladeros. Personalmente y por espacio de una semana, Ramsés recorrió y supervisó los regimientos que marchaban por diversos terraplenes con el fin de vigilar que los soldados poseyesen un buen armamento y abrigos adecuados para pasar la noche, de que en los campamentos se encontrara suficiente cantidad de galletas, carne y pescado secado al sol. Al final, él mismo ordenó que las esposas, los hijos y los esclavos de las tropas que se encaminaban hacia la frontera este fuesen transportados

por el canal, lo que influyó positivamente en el aligeramiento de los campamentos y facilitó los movimientos de la tropa efectiva.

Los generales de mayor edad admiraban la sabiduría, el entusiasmo y la prudencia del futuro Faraón y, sobre todo, su laboriosidad y sencillez. Había dejado en Menfis su numeroso séquito, su tienda de campaña, los carros y sus literas; vestido como un simple oficial cabalgaba a la manera asiria de un regimiento a otro en compañía de dos ayudantes.

Gracias a esto, la concentración de su ejército se efectuó muy rápidamente y la tropa estuvo en formación por las cercanías de Pi-Bailos durante el tiempo previsto.

Algo muy diferente sucedió con el Estado Mayor Real, con el regimiento griego que lo acompañaba y con unas cuantas máquinas de guerra.

El Estado Mayor, reunido en Menfis, debía seguir el camino más corto y por lo tanto partieron los últimos, arrastrando tras ellos un enorme séquito. Casi todos los oficiales eran acomodados miembros de distinguidas familias y cada uno poseía litera acarreada por cuatro negros, carro de combate de dos ruedas, lujosísima tienda de campaña, enorme cantidad de baúles con ropas y comida, así como también cántaros llenos de cerveza y vino.

Además de todo esto, los oficiales eran seguidos por una numerosa tropa de bailarinas y cantantes con acompañamiento; cada una de ellas, como una gran dama, llevaba consigo su litera y una carreta arreada por una o dos yuntas de bueyes.

Cuando todo este tumulto se desbordó en las afueras de Menfis, ocupó en el camino real más espacio que el ejército del heredero del trono. Marchaban tan despacio que las máquinas de guerra, que debían partir últimas, arrancaron veinticuatro horas más tarde de lo planificado. Para colmo de males, las cantantes y las bailarinas al ver el desierto, que por cierto no era en esa zona todavía tan terrible, comenzaron a asustarse y a llorar. Entonces, para tranquilizarlas, se hacía necesario acampar más temprano, armar las casas de campaña, organizar el espectáculo y después el festín.

Estas fiestas nocturnas, acompañadas por el frescor bajo el cielo estrellado y teniendo como fondo la naturaleza salvaje, gustaron tanto a las bailarinas y a las cantantes, que declararon que desde ese momento solamente actuarían en el desierto. Mientras tanto, el heredero del trono, al enterarse de los problemas de su Estado Mayor, envió una orden para que las mujeres regresaran lo más pronto posible a la ciudad y se acelerara la marcha de los demás.

Acompañando al Estado Mayor se hallaba su dignidad Herhor, ministro de la guerra, pero sólo como espectador. No era seguido por can-

tantes ni bailarinas, y tampoco hacía observaciones a los oficiales. Ordenó que su litera se colocara al frente de la columna y, adaptándose a sus movimientos, avanzaba o se detenía bajo la sombra del gigantesco abanico con que lo protegía su ayudante.

Su dignidad Herhor era una persona de unos cuarenta años de edad, de fuerte complexión e introvertido. En muy pocas ocasiones hablaba o miraba a las personas por entre sus párpados semicerrados.

Como todo egipcio, llevaba los brazos, las piernas y el torso descubiertos, calzaba sandalias, vestía una corta falda alrededor de sus caderas y por delante usaba un delantalito de franjas blancas y azules. Como religioso, se afeitaba el rostro y la cabeza y llevaba una piel de pantera en su brazo izquierdo. Finalmente, como soldado, cubría su cabeza con un pequeño casco, debajo del cual colgaba un pañuelo, también de rayas blancas y azules, que le cubría la nuca.

Del cuello le pendía una triple cadena de oro y debajo de su brazo izquierdo, en el pecho, una corta espada dentro de una lujosa vaina.

Su litera, sostenida por seis esclavos negros, era acompañada permanentemente por tres personas: una de ellas sostenía el abanico, otra el hacha de ministro y la tercera una caja con papiros. Ésta última era Pentuer, sacerdote y escriba del ministro, flaco asceta que ni siquiera durante los más intensos calores cubría su afeitada cabeza. Procedía del pueblo, pero a pesar de su origen humilde ocupaba un importante puesto en el gobierno, gracias a sus excepcionales habilidades.

Aunque el ministro con sus ayudantes, se encontraba al frente de la columna del Estado Mayor y no se inmiscuía en sus movimientos, sin embargo no se podía decir que ignorara lo que ocurría detrás de él. Cada hora, y a veces cada media hora, se acercaba a la litera del ilustrísimo un sacerdote de menor rango, es decir un simple «servidor de Dios», un soldado merodeador, o un mercachifle o esclavo, que al parecer en forma indiferente, al pasar junto a la silenciosa comitiva del ministro, dejaba escapar alguna palabrita. Pentuer a veces. La anotaba, pero generalmente le bastaba con recordarla ya que tenía una excelente memoria.

Nadie se fijaba en esas pequeñeces en medio del bullicioso tumulto de los integrantes del Estado Mayor. Estos oficiales, grandes señores, estaban demasiado ocupados en el ajeteo, la bulliciosa conversación o las canciones, como para reparar en las personas que se acercaban al ministro, sobre todo si se tenía en cuenta la gran cantidad de gente que pululaba a lo largo de la calzada.

El día quince del mes de Misori, el Estado Mayor del sucesor del trono, conjuntamente con su dignidad el ministro, pasó la noche a la intemperie, a una milla de distancia de los regimientos que ya estaban formando en posición de combate, cruzados en la calzada detrás de la ciudad de Pi-Bailos.